

cer cebada y un asilo á las caravanas de Damasco, que van por este camino á Siria. Bajamos al kan con dificultad por unos escalones de roca escondidos bajo un pié de nieve; el torrente que corre á cien pasos debajo del kan, y que es preciso atravesar para subir á la última region de las montañas, se habia convertido de pronto en un rio inmenso que arrastraba con sus aguas pedruzcos y despojos de la tempestad. Sorprendidos en sus orillas por los remolinos de viento, y medio sepultados bajo la nieve; los árabes á quienes habiamos encontrado habian tirado los fardos de sus camellos y de sus machos y los habian dejado allí para refugiarse en el kan de Murat, que hallamos ocupado ya por aquellos hombres y sus caballerías, no quedando sitio ninguno para nosotros ni para nuestros caballos. Sin embargo, al abrigo del peñasco mas grande que una casa, el viento se hacia sentir menos, y las ráfagas de nieve arrastradas de la cima del Líbano, que pasaban por encima de nuestras cabezas, empezaban á ser ménos, densas, y nos dejaban alguna vez divisar una punta del cielo donde ya brillaban estrellas. Pronto se aplacó el viento enteramente; apeámonos, y tratamos de proporcionarnos un abrigo para pasar, no solo la noche, sino acaso algunos dias, si el torrente que oíamos, sin verle, continuaba cerrando el paso. Bajo las tapias del kan demoronado, al abrigo de una parte de las ramas de cedro que formaban poco antes

el tejado, habia un espacio de diez pies cuadrados atestado de nieve y lodo; barrimos la nieve, y debajo quedaba un pié de barro blando donde podiamos tender las alfombras; arrancamos del techo algunas ramas, que estendimos como un zarzo sobre el suelo barrido, y que preservaban nuestras esteras del contacto del agua; nuestros colchones, nuestras alfombras, nuestras capas, formaban un segundo piso; encendimos una hoguera en un rincon de aquel asilo, y así pasamos la larga noche del 17 al 18 de Abril de 1833. De cuando en cuando volvia el huracan y parecia que la montaña iba á demoronarse; el enorme peñasco á que estaba pegado el kan temblaba como un tronco de arbol sacudido por el vendabal, y los rugidos del torrente llenaban el mar y el cielo de lamentables ahullidos: con todo, acabamos por dormirnos, y nos despertamos tarde á los brillantes rayos de un sol sereno sobre la nieve. Los árabes, nuestros compañeros, se habian ido; habian intentado dichosamente atravesar el torrente; los vimos de lejos trepando las colinas adonde debiamos seguirlos; pusímonos tambien en camino, y caminamos cuatro horas por un valle superior, donde no veíamos, como en la cima del Monte-Blanco, mas que la nieve bajo nuestros pies y el cielo sobre nuestras cabezas. El deslumbramiento de los ojos, el silencio tétrico, el peligro de cada paso en aquellos desiertos de nieve reciente, sin ningun sendero trazado, hacen del paso de

aquellos altos pilares de la tierra, espina dorsal de un continente, un momento solemne y religioso. Involuntariamente observa uno cada punto del horizonte y del cielo, cada fenómeno de la naturaleza; uno ví que me sorprendió como una hermosa imagen y que nunca había observado. Enteramente en la cumbre del Líbano, en las laderas de una loma medio guarecida del sol matinal, ví un magnífico arco-iris, no en forma de puente aéreo y uniendo el cielo á la cima de la montaña, sino tendido sobre la nieve y arrollado en círculos concéntricos como una serpiente de espléndidos colores; era como el nido del arco-iris sorprendido en la cima mas inaccesible del Líbano.

A medida que el sol se elevaba y heria con sus blancos rayos la loma, los círculos del arco-iris parecia que se movian y se levantaban, la estremidad de aquellas luminosas volutas se alzaba en efecto de la tierra, subia algunas toesas hácia el cielo, cual si hubiera intentado lanzarse hácia el sol, y se fundia en vapores blanquecinos y en líquidas perlas que caían en derredor nuestro. Sentámonos mas allá de la region de las nieves para sacar al sol nuestros zapatos mojados; empezábamos à ver los profundos y negros valles de los Maronitas. Al cabo de dos horas ya habíamos bajado la aldea de Hamana y estábamos sentados en lo alto del magnífico valle de este nombre, donde ya habíamos he-

cho noche, yendo a Damasco. El jeque nos hizo dar tres casas del pueblo. El sol en la tarde brillaba bajo las anchas hojas del moral y de la higuera; los labradores volvian con sus aperos; mugeres, niños, circulaban por los caminos entre las casas y nos saludaban con una sonrisa hospitalaria; los ganados volvian de las dehesas con sus campanillas; las palomas y las gallinas cubrian los tejados de las azoteas, y las campanas de dos iglesias maronitas tañian lentamente por entre las copas de los cipreses para anunciar las piadosas ceremonias del dia siguiente, que era un domingo; de repente hallábamos el aspecto, el rumor, la paz de un lindo pueblecillo de Francia ó de Italia, al salir de los precipicios del Líbano, de los desiertos de Balbek, de las calles inhospitalarias de Damasco; jamas transicion fué mas rápida ni mas dulce; resolvimos pasar el domingo entre aquellas buenas gentes y descansar un dia de nuestras largas fatigas.

Dia pasado en Hamana; el jeque y el mercado del pueblo nos suministran abundantes provisiones; las mugeres de Hamana vienen a visitarnos todo el dia; son infinitamente menos hermosas que las Sirias de las orillas del mar:—esta es la raza maronita pura; todas parecen fuertes y sanas, pero tienen las facciones demasiado marcadas, el ojo un poco duro, la tez demasiado colorada; su trage es un pantalon blanco y encima un vestido largo de paño azul, abierto por delante y que deja el pecho

desnudo; collares de innumerables piastras les penden al rededor del cuello, sobre la garganta y por las espaldas. Las mugeres casadas completan este trage con un cuerno de plata de sobre un pie y a veces pie y medio de largo, que hincan encima de sus cabellos trenzados y que se eleva sobre su frente un poco oblicuamente. Este cuerno esculpido y cincelado, está cubierto con un velo de musolina que cuelga de él, y con el que suelen taparse la cara; nunca se quitan este cuerno ni aun para dormir. Este extravagante uso, cuyo origen no puede buscarse sino en las aberraciones del entendimiento humano, las desfigura y afea todos los movimientos de la cabeza y del cuello.

9 de Abril.

Salimos de Hamana á las cinco de la mañana, con un tiempo muy nebuloso. Caminamos dos horas por unas ásperas y peladas vertientes de las altas crestas del Líbano que descienden hácia las llanuras de la Siria. El valle que dejamos á la derecha se va ensanchando cada vez mas, hasta llegar á tener sobre unas dos leguas de anchura y una por lo ménos de profundidad. Las transparentes olas de los vapores de la mañana circulan blandamente sobre su horizonte, y no dejan pasar encima de ellas mas que las altas cimas de los montes, las co-

pas de los cipreses y algunas torres de aldeas y de monasterios maronitas; pero pronto la brisa marina que se alza y sube insensiblemente con el sol, desarrolla lentamente todas aquellas clas de vapores y las repliega en blancas velas que van á confundirse con las cimas de nieve sobre las cuales forman ligeras manchas grises. El valle aparece todo entero. ¿Por qué no tiene el ojo un lenguaje que pinte con una sola palabra, como ve con una sola mirada? Yo quisiera conservar eternamente en mi memoria las escenas y las impresiones incomparables del valle de Hamana. Estoy encima de uno de los mil torrentes que surcan sus laderas con su blanca espuma, y van, por entre los peñascos, las praderas suspendidas, los troncos de cipreses, las ramas de abedules, las vides silvestres y los negros algarrobos, à deslizarse hasta el fondo del valle y à unirse con el rio central que le sigue en toda su longitud. El valle es tan profundo que no veo su fondo; solamente oigo subir de cuando en cuando los mil zumbidos de sus aguas y de sus éramadas, los balidos de sus rebaños, los lejanos y argentinos tañidos de las campanas de sus monasterios. La sombra de la mañana está todavia en el fondo de la garganta donde arrastra sus aguas el torrente principal; de trecho en trecho, al torcer algunos collados, veo la blanca línea de espuma que traza en aquella sombra oscura. Del mismo lado del valle en que estamos,

veo subir á un cuarto de legua de distancia unas de otras, tres ó cuatro anchas mesetas semejantes à pedestales naturales; sus laderas parecen tajadas perpendicularmente y son de granito parduzco. Esas mesetas, de media legua de circuito, están enteramente cubiertas de cedros y de pinares; se distinguen los corpulentos y airosos troncos de estos árboles, entre los cuales circula la luz de la mañana. Sus negros é inmóviles follages están interrumpidos de trecho en trecho por las leves columnas de humo azul de las cabañas de labradores maronitas, y por los arcos diagonales de piedra donde está suspendida la campana de las aldeas. Dos espaciosos monasterios, cuyas tapias brillan como cobre, se estienden sobre dos de aquellas mesetas cubiertas de pinares; parecen fortalezas de la edad media. Vense, al pie de los conventos, varios monges maronitas, con sus capuchas negras, cavando entre las cepas y los castaños. Dos ó tres aldeas, agrupadas al rededor de los peñascos se alzan mas abajo como colmenas al rededor de los troncos de añosos árboles. Al lado de cada cabaña se alzan algunas masas de verdura mas pálida, que son los granados, las higueras ó los olivos, que empiezan á fructificar en aquel escalon del valle; la vista se pierde en la impenetrable sombra del fondo de la garganta: si pasa por cima de aquella sombra y se eleva sobre la opuesta ladera de las montañas, ve en algunas partes, paredes perpendiculares de

roca granítica que se lanzan hasta las nubes. Encima de estas paredes, que parecen almenadas por la naturaleza, ve mesetas cubiertas de la mas espléndida vegetación, cimas de pinos pendientes sobre los realces de aquellos abismos, inmensas copas de sicomoros que forman grandes manchas en el cielo, y detrás de aquellas almenas de vegetación, nuevos campanarios de aldeas y monasterios cuyo acceso no se puede adivinar. En otros sitios, las laderas de granito de las montañas presentan grandes roturas por donde la mirada se pierde en la sombra de los bosques, y no distingue, aquí y allí, mas que puntos luminosos y móviles que son los cauces de los torrentes y los pequeños lagos de los manantiales. En otras partes, los peñascos cesan de repente; inmensos bastiones redondeados los flanquean como fortificaciones eternas y rematan sus ángulos en cubos y torreones. Altos valles, y que el ojo sondea apenas, se abren y se internan entre las paredes de nieve y de selvas; allí desciende el principal torrente de Hamana, que se ve chorrear primero como una gotera del vasto techo de nieve, luego perderse en el sonoro pilon de las cascadas, donde se divide en siete ó ocho espléndidos ramales, luego desaparecer detrás de los riscos y de los collados negruzcos, luego volver á aparecer formando una sola cinta de espuma que se arrolla y se despliega á merced de los movimientos del suelo por las lentas ó rápidas pen-

dientes de sus colinas: al fin se interna en el valle principal y cae á él en una cascada de cien pasos de anchura y de doscientos pies de elevacion. Su espuma, que salta y que el viento impele de un lado á otro, cubre de flotantes arcos-iris las cimas de los anchos pinos que ciñen aquella cascada.

A mi izquierda, el valle, bajando hácia las orillas del mar, se ensancha y presenta á los ojos las faldas de sus colinas mas frondosas y mas cultivadas; su rio serpentea entre montes coronados de monasterios y de aldeas. Mas lejos, las palmeras de la llanura elevan, detras de las colinas bajas de olivos, sus penachos de una verdura amarillenta, y cortan la larga línea de arena dorada que limita el mar. La mirada va á perderse en fin, en una lontananza indecisa entre el cielo y las olas. No son ménos bellos los pormenores de este mágico conjunto que el conjunto en general. A cada recodo de los peñascos, á cada cima de las colinas adonde le lleva á uno el sendero, se halla un horizonte nuevo donde las aguas, los árboles, el peñasco, las ruinas de puentes ó de acueductos, las nieves, el mar ó la arena de fuego del desierto, engastados, por decirlo así, de un modo inesperado, arrancan una exclamacion de sorpresa, y lo deslumbra á uno. He visto á Nápoles y sus islas, los valles de los Apeninos y los de los Alpes, de Saboya y de Suiza, pero el valle de Hamana y algunos otros del Líbano eclipsan todos aquellos re-

cuerdos. La enormidad de las masas de peñasco, las repetidas cascadas, la pureza y la profundidad del cielo, el horizonte de los vastos mares, lo pintoresco de las líneas de las aldeas y de los conventos maronitas, suspendidos como nidos de hombres á alturas á que apenas alcanza la vista, en fin la novedad, la estrañeza, el color ya negro, ya pálido de la vegetacion, la magestad de los copudos árboles, algunos troncos de los cuales parecen columnas de granito; todo esto dibuja, colora, solemniza el paisage, y arropa el alma mas profunda y religiosamente que los mismos Alpes.

Todo paisage donde no entra el mar por elemento, no es completo.

Aquí el mar, el desierto, el cielo, son el magestuoso del cuadro y el ojo encantado pasa sin cesar del fondo de las selvas seculares, de la orilla de las umbrosas fuentes, de las cimas de los picos aéreos, de las sosegadas escenas de la vida moral ó cenobítica, al espacio azul surcado por los bajeles, á las cimas de nieve perdidas en el éter junto á las estrellas, ó á las amarillas y doradas olas del desierto, donde las caravanas describen á lo léjos sus onduladas líneas. ¡De este incesante contraste nacen el choque de los pensamientos y las solemnnes impresiones que hacen del Líbano montañas de oracion, de poesía y de arrobamientos!

A medio dia, nos acampamos bajo nuestras tien-

das á media altura del Líbano, para dejar pasar el ardor del día. Me traen un correo árabe que iba á buscarme á Damasco, y me entrega un paquete de cartas de Europa que me anuncian mi nombramiento para la cámara de diputados: — nueva aflicción añadida á tantas otras. Desgraciadamente he deseado esta misión en otra época y solicitado una confianza que no puedo sin ingratitud, renunciar hoy. Iré; pero cuánto desearía ahora que pasase ese cáliz lejos de mí. Ya no tengo porvenir personal en ese drama del mundo político y social, cuya principal esena está en nuestro país. No tengo ninguna de esas pasiones de gloria, de ambición ó de dinero, que son la fuerza impulsiva de los hombres políticos; el único interés que llevaré á aquellas apasionadas discusiones será el de la patria y la humanidad. La patria y la humanidad son seres abstractos para hombres que quieren poseer la hora presente, y hacer triunfar, á todo trance, intereses de familia, de casta ó de partido. ¿Qué es la voz serena é imparcial de la filosofía en el tumulto de los hechos que se mezclan y se combaten? ¿Quién ve el porvenir y su horizonte sin límites detrás del polvo de la lucha actual! No importa; el hombre no elige ni su camino, ni su obra; Dios le da su carga por las circunstancias y por sus convicciones. Es preciso aceptarla!.... pero no preveo para mí mas que un martirio moral en la dolorosa faena que hoy me impone. Yo

nací para la acción; la poesía no ha sido en mí mas que acción repelida; he sentido, he expresado ideas y sentimientos, en la impotencia de obrar; pero en el día ya no me llama la acción, ¡He ahondado demasiado las cosas humanas para no comprender su sentido! He perdido demasiados seres á quienes podía responder mi vida activa, para no estar disgustado de toda personalidad en la acción! Una vida de contemplación, de filosofía, de poesía y de soledad, sería el único lecho donde podría reposar mi corazón, antes de quebrantarse enteramente.